

co al que se pretende responder. El autor analiza el desarrollo de la ciencia y la comprensión de la misma en la filosofía, porque se trata de aportar algo a la filosofía de la ciencia. A partir del positivismo se muestra cómo la filosofía de la ciencia pretende escapar del positivismo. Se estudian las ciencias como actividades humanas y se analiza con una extraordinaria profundidad y lucidez cómo fracasan los intentos de hacer valer los valores en el seno de la ciencia.

La cuarta parte contiene el resultado original de estas páginas: los valores son tenidos por las cosas y no realidades sustantivizadas. Pero su formulación y articulación reside en la prudencia. «La gran ventaja de la noción de prudencia es que consigue salvar la distancia entre práctica y teoría sin negarla, entre el *es* y el *debe* sin fundirlos» (p. 229). Se trata de rescatar lo mejor de la filosofía práctica aristotélica, a través de la actualización llevada a cabo por Aubenque, y aplicarla a los problemas actuales de la filosofía de la ciencia. De este modo se explica por qué el progreso de la ciencia y su desarrollo no obedecen a la necesidad que se espera si su única guía y objetivo es la verdad. Encuentran, también, fácil acomodo las perspectivas históricas y sociológicas que afectan a las mismas ciencias. Se describe adecuadamente la dinámica real de la ciencia y se pueden formular propuestas eficaces para afrontar los indudables problemas que hay ahora mismo sobre la mesa del diálogo cultural, social y político, en el que parece que no sabemos qué hacer con la ciencia.

Es preciso añadir que la prudencia en la actual situación de las tecnociencias ha de ejercerla no sólo cada persona individual, sino todo el conjunto de personas implicadas en la investigación a todos los niveles. Se revela así la importancia de la deliberación y de la decisión en el desarrollo de la ciencia. «¿Cómo se

puede implementar entonces la participación pública en las decisiones tecnocientíficas? Mediante la transparencia... que ha de extenderse a la decisión misma. La participación sólo es posible cuando los participantes potenciales conocen desde su origen las empresas tecnocientíficas. Sólo si se permite acceder fácilmente a la información acerca de los presupuestos de investigación de instituciones públicas y empresas, si se avisa con antelación suficiente del comienzo de determinados proyectos, pueden los posibles afectados influir en las decisiones que, en todo caso, a ellos sí les influyen» (p. 225) De este modo, se ha alcanzado un cierto relativismo sin necesidad de pagar el peaje del relativismo postmoderno. «En el fondo, el problema de la evaluación es el problema del conocimiento, y viceversa. La cuestión de los valores es la de los límites de las ciencias —que alcanza a la de los límites de lo necesario—. Lo que los valores ponen en cuestión son las mismas ciencias, que ya no pueden arrogarse el derecho de exclusiva propiedad sobre las verdades bien establecidas porque su estructura no es sólo la de lo lógicamente construido, sino también la de lo prudentemente decidido» (p. 259).

El libro acaba con unas páginas dedicadas a los agradecimientos. Y le acompañan una bibliografía suficiente y un útil índice onomástico.

Enrique Moros

María Antonia LABRADA (ed.), *La belleza que salva. Comentario a la Carta a los artistas de Juan Pablo II*, Rialp («Cuestiones Fundamentales»), Madrid 2006, 151 pp., 16 x 24, ISBN 84-321-3572-0.

Con motivo del séptimo aniversario de la publicación de su emblemática *Carta a los artistas* (1.4.1999), aparece

este libro conmemorativo de este acontecimiento para el mundo del arte, el cual goza cada día de mayor actualidad e influencia. El que Juan Pablo II escribiera una carta dirigida a los profesionales del arte, no tiene nada de particular, dada su conocida condición anterior de poeta, actor y dramaturgo. En este volumen se ofrece pues una buena traducción de la carta, a la vez que comentan los distintos capítulos profesores de teología, estética y teoría e historia del arte. La interdisciplinariedad es por tanto una de sus mejores cualidades. Estos expertos confrontan las palabras de Juan Pablo II con otros textos suyos o con fuentes allí citadas; pero además contrastan estas ideas con las de Kant o Nietzsche, o las prolongan con palabras de Steiner, Zambano, Balthasar o Ratzinger, por citar tan sólo algunos ejemplos allí aparecidos.

Se abordan de este modo temas tan vitales para los artistas como la creación artística a imagen de Dios creador, la llamada a la belleza tan propia de ellos, la relación entre arte y trabajo o con la sociedad. Más adelante se afronta la vinculación real que ha existido del arte con el Evangelio, o bien se revisa la historia del arte cristiano en la Antigüedad y en la Edad Media, así como se recuerda la necesidad del arte y de los artistas que tiene hoy la Iglesia. Por último, se abordan temas más específicamente teológicos, como la relación entre el arte y el Espíritu (la inspiración), la belleza en la vida cotidiana y en la misma vida cristiana, así como la hermosura de Cristo, la Virgen o los santos. Se trata por tanto de una propuesta de estética cristiana, al hilo de las palabras de Juan Pablo II. Se presenta a su vez una confrontación de toda ella con el panorama actual de este frecuentado campo de la actividad humana e intelectual.

Falta sin embargo una exposición sistemática, así como se presentan a lo

largo del discurso inevitables lagunas. En cualquier caso llama la atención en estas páginas que se lee esta *Carta a los artistas* del anterior pontífice como un texto propositivo, esto es, como una propuesta que mira al futuro, y cuyas profundas virtualidades están todavía por descubrir.

Pablo Blanco

Cruz GONZÁLEZ-AYESTA (ed.), *El alma humana: esencia y destino. IV Centenario de Domingo Báñez (1528-1604)*, Euna («Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista», 75), Pamplona 2006, 254 pp., 17 x 24, ISBN 84-313-2366-3.

Con motivo del IV Centenario de la muerte de Domingo Báñez, se celebró en la Universidad de Navarra un simposio sobre el pensamiento filosófico y teológico de este célebre (y controvertido) comentador de Santo Tomás, uno de los máximos exponentes de la Escuela de Salamanca. El libro que ahora se presenta recoge el texto de las diversas ponencias, que se articularon en torno al problema del alma, eje sobre el cual giran problemas centrales de metafísica, teodicea y antropología.

Los trabajos se encuentran estructurados en tres grandes temas: contexto histórico; la unidad sustancial del hombre; y el problema de la libertad.

Así pues, en los dos primeros estudios se recogen las aportaciones del dominico Serge Thomas Bonino (Toulouse) y José Luis Fuertes (Salamanca). El primero de ellos califica la obra de Báñez de un tomismo «moderno» porque al igual que otros comentaradores del Siglo de Oro consiguió la inculcación de la tradición tomista en un nuevo universo cultural, marcado por el retorno a las fuentes. En el segundo estudio,